precipicio, en la víspera del abandono de Dios. Temblad, pues, y cubríos de confusión, en vez de adormeceros en vuestras diversiones y en vuestros goces insensatos, porque sois tanto más dignos de lástima, y estáis tanto más separados de la salvación eterna, cuanto ménos tembláis y ménos os ruborizáis de vuestros pecados. Pedidle al Señor esta confusión y rubor interno de vuestras culpas.

15 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA FLAGELACIÓN.

PUNTO 1º

Considera como ya atado el Señor, abrazado, pegado con aquel frío mármol de la columna, está demudado su semblante, lleno de temor y temblando todo su santísimo y delicadísimo cuerpo, esperando los azotes, para que se prevenían aquellos impíos, perversos y malditos verdugos; y para que mejor y más de raíz lo consideres todo, piensa lo que dice San Bernardo, que los judíos viendo que Pilatos le mandaba azotar, para luego darle libre, se llegaron á los soldados, y les dieron dineros y les hicieron promesas, si lo mataban con los azotes; y así, que se juntasen y escogiesen los más robustos y de mayores fuerzas, y que en todo caso tirasen á matarlo. Con esta prevención señalaron seis de los más

feroces, y armados de azotes de varas de espino, otros hicieron azotes de cordeles, pasados de penetrantes puntas de acero, otros cogieron cadenas de hierro, con los eslabones retorcidos, y otros armados de nervios de toro, secos y retorcidos. Piensa que estás viendo á estos verdugos, que con tanta diligencia se están armando con ellos, y atiende al más delicado de los nacidos, atado y amarrado á aquella columna, esperando este martirio. Advierte que levanta al cielo los ojos y á su eterno Padre, porque en la tierra no tenía á quien volverlos; porque cuantos le tenían cercado deseaban saciarse con su sangre. Compadécete de la aflicción y angustia en que le ves, y ofrece tu cuerpo al Señor y pídele que se reparta este castigo entre los dos: que por cualquier azote que le escuses te tendráis por muy dichoso. Mira como aquellos ministros de Satanás se llegaron al Señor, vibrando cada uno el azote en las manos: y como advirtieron el temblor del sacratísimo cuerpo, y el color del rostro demudado y descolorido, le dijeron muchos oprobios y afrentas: sin duda le

dirían ¿qué tiembla? ¿No dice él, que es hijo de Dios? Pues dígale á Dios que le libre de nuestras manos. Diciendo esto se acercan á aquel divino y delicado cuerpo del Salvador.

PUNTO 2º

Considera como levantando los brazos aquellos inhumanos verdugos, comienzan á descargar sobre el delicadísimo cuerpo terribles azotes: empieza á correr la sangre en abundancia, rómpense las varas, cogen otras de nuevo y prosiguen con nuevas fuerzas hasta que se rinden: entran otros de refuerzo añadiendo heridas sobre heridas: el alma del Salvador batallaba por instantes con la muerte, y entre desmayos mortales, ocasionados del dolor, se le cubría de un sudor frío el santísimo rostro. ¡Mira cuál le pondrían! ¡Qué hinchado el pecho! ¡Qué denegridos, entre la sangre roja, el estómago y vientre! ¡Qué ensanchadas todas las heridas! ¡Qué hinchados y abiertos los muslos! ¡Qué deforme todo el santísimo cuerpo, colgado de los brazos

y cuello en representación de moribundo! ¡Oh corazones de piedra! ¡Y qué hubiese hombres que pudiesen ver con sus ojos un tan lastimoso espectáculo, y que no solo no tuviesen compasión, sino que antes se alegraran, teniendo por consuelo el verle agonizar! ¡Oh poderosísimo Creador y Dios Eterno, que os dejáis así tratar de vuestras mismas criaturas! Que les estáis dando la vida, los bríos y las fuerzas contra vos mismo. ¿Qué se puede decir de tal bondad? ¡Oh alma mía, mira á tu dulce Jesús azotado como un esclavo; todo bañado en sangre; su cuerpo es solo una llaga y se le ven los huesos por las heridas! He aquí el Cordero de Dios dispuesto para el sacrificio; pero, Jesús mío, ¿por qué has querido sufrir un castigo tan afrentoso y cruel? Para demostrarnos tu amor; para hacernos conocer la enormidad del pecado; para lavar con tu sangre los deleites infames de la carne; para dar á Dios satisfacción de todas las deshonestidades del mundo y para convencernos de la necesidad de mortificar el cuerpo, si queremos ser sus miembros. Alma cristiana, toma en tu mano el azote

y haz justicia contra tí misma, diciendo: yo he pecado, yo debo recibir el castigo. ¿Es justo que viva sin llagas viéndolas en mi Rey? ¿Cómo entrará mi cuerpo en el cielo, si antes no le purifican los trabajos? ¡Oh santísimo Cordero! ¿qué delito habéis cometido para sufrir una pena tan cruel y una confusión tan afrentosa? ¡Oh carne virginal! ¿á qué estado te han reducido las impurezas del mundo? ¡Ah, vos pagáis en vuestra carne los criminales deleites de la nuestra! ¡Por expiar los pecados de nuestro cuerpo se presenta el vuestro dilacerado! ¡Quiero, pues, castigar mi cuerpo que ha obrado el mal; quiero privarle de todos los deleites que os han causado tantos dolores, y quisiera cubrirle de llagas para hacerle semejante al vuestro. ¡Cuán miserable soy! puedo pecar y no puedo hacer penitencia de mi pecado! ¡Dios mío! confieso mi cobardía; no tengo ánimo para castigarme á mí mismo; tomad por mí los azotes en vuestra mano; no me escuséis de azotarme en esta vida; dispuesto estoy á sufrir cuanto sea de vuestro agrado. Castigadme si lo juzgáis convenien-

te; más, castigadme como Padre y no como Juez; castigadme con amor y no con enojo; castigadme en el tiempo y no en la eternidad.

16 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA CORONACION DE ESPINAS.

PUNTO 1º

Considera como los soldados del pretorio se persuadieron que Pilato, su presidente, no había dado tantas veces á Jesucristo el título de rey de los judíos sino por burla, y no fué necesario más, dice San Juan Crisóstomo, para que no contentos con haberle azotado y cubierto de heridas y de sangre, insultasen también esta soberanía que creían quimérica, vistiéndole con todas las insignias y tributándole todos los homenajes de un rey de burlas. Ellos le despojan por segunda vez de sus vestiduras, le hacen sentar sobre una piedra, figurando su trono, y principian á remedar en torno de él las oficiosidades aduladoras de los cortesanos que se disputan el honor de acercarse y servir á su soberano. ¡Ay, jamás fué la crueldad más fecunda en ingeniosos artificios para saciar su ciego fu-